AHD, 75, 1, H 1

Miguel Delibes y sus narraciones cortas

Por JUAN ANTONIO CABEZAS

CUANDO el joven vallisoletano Miguel Delibes, periodista de "El Norte de Castilla", doctor en Derecho y profesor mercantil a los veinte años, marino durante la guerra y algunas cosas más, fué galardonado a los veintisiete años con el Premio Nadal, por su novela "La sombra del ciprés es alargada", ya nos tocó adelantar, contra ciertos criterios poco favorables, que, detrás de aquellos personajes, "Pedro", el profesor don Mateo Lesmes y la perrita "Fany" había un narrador de historias inventadas que maduraría con el tiempo.

No es que por ello nos las demos de augures, pero nos satisface consignar que Miguel Delibes, en los siete años transcurridos desde aquel Nadal, ha afianzado, sin prisas pero con pasos firmes, su personalidad de narrador, con tres novelas grandes publicadas todas ellas por la editorial Destino.

Ahora, vemos plenamente confirmado nuestro pronóstico o lo que sea, sobre Miguel Delibes, con este su último libro de narraciones breves (1) que el gran editor barcelonés Luis de Caralt ha incluído en su Colección "La torre de marfil", que encabeza Aldous Huxley y en la que van títulos de Steinbeck, Lawrence, Hermann Hesse, Zweig, Papini y otras grandes figuras de las letras universales.

Estas narraciones cortas, (no pueden llamarse con propiedad cuentos, en el sentido tradicional, ya que el cuento tiene por lo general una exposición, un nudo y un desenlace), son escenas tomadas de la vida o inventadas, que eso poco importa, cuando el narrador consigue fundir vida y fantasía en el crisol de lo maravilloso. Lo importante es que los diez asuntos forman una "suite" de acciones independientes, de pequeñas historias unidas por la justa posición tipográfica y por el hilo invisible de un estilo y un léxico común,

que hacen de "La Partida" un pequeño libro alucinante y en definitiva delicioso.

La acción de cada episodio está tomada en un momento dado y termina sin terminar, lo que nos permite imaginar la vida del personaje mucho antes de su aparición en la escena de estas páginas y seguirlo, mucho tiempo después de que el autor deje de contarnos su breve peripecia.

De realismo mágico calificaríamos estas narraciones de Miguel Delibes, si fuese necesario calificarlas, que para nada necesitan calificativos definidores las obras que tienen tan acusados valores sustantivos.

Después de terminar la lectura de este libro, seguimos pensando, seguiremos pensando mucho tiempo en el ingenuo "Valladolid", que hace su primer viaje por mar, en el contramaestre del "Cantabria", que coleccionaba labios de sus novias circunstanciales, impresos sobre cartulina, con sus nombres y las fechas, en aquel don Serafín, el empresario de Pompas Fúnebres, que durante la guerra había convertido su depósito de ataúdes en refugio contra la aviación. En el pobre hombre que le falta una peseta para el tranvía y no se atreve a pedirla a su amigo el periodista, en Tomás el manguero que cazaba tordos y gorriones mojándolos con la manga, en Sor Matilde velando la agonía del pequeño limpiabotas aplastado por un camión, de Nicolás el ex presidiario, sólo en la calle fría de una fría Nochebuena. De tantos otros seres que transitan brevemente por estas páginas de Miguel Delibes. Seres que el autor separa un momento de la inmensa muchedumbre humana y los hace pasar un instante por una especie de contraluz espectral, por detrás de una mágica pantalla de Rayos X, que nos alumbran a través de su carne, de sus vulgares formas humanas, no la arquitectura ósea de su esqueleto, sino ese otro sutil armazón de pasiones, deseos y sueños, que son, lo que en definitiva, sostiene al ser, para dejarlos después continuar su camino en la sombra perdidos de nuevo entre la masa, olvidados de que han dejado en manos del autor una especie de borrosa y sugestiva radiografía, de su pequeño mundo psíquico y moral.

Con este pequeño libro, Miguel Delibes afirma su condición de uno de los más auténticos narradores de la joven generación que va cristalizando en torno a ese gran estímulo de las letras contemporáneas, que es el Premio Nadal.

---

(1) Miguel Delibes. "La Partida". Luis de Caralt, editor. Barcelona 1954.

"El País" de Tampa 19 julio 54

EL PROGRESO de Lugo

Jueves 12 de Agosto de 1954

Novelas cortas

Por LAZARO MONTERO

Aún hemos alcanzado nosotros «La novela corta». No recordamos su edición, pero en casa de los padres recordamos haber leído colecciones y números sueltos. Por «La novela corta» fuimos conociendo muchos de los escritores actuales, los de renombre y otros que, seguramente, nunca llegarán a figurar en nuestra Historia Literaria. Ahora «La novela del sábado» ha venido a sustituir aquellas viejas ediciones Creemos que ha venido a llenar una auténtica necesidad. En estos tiempos que corremos de escasas y cortas pausas, donde el vagar se hace cada día más difícil, donde falta la ociosidad —la fructífera ociosidad, que elogia Bertrand Russell— esta literarura de urgencia debe tener gran aceptación. Ella nos ofrece el libro preciso para un día de tren o una tarde de domingo sin fútbol. Y en «La novela del sábado», como antes en «La novel· corta», han ido apareciendo novelitas de firmas acreditadas —de firmas firmes— junto a otras que las circunstancias impusieron y cuyos autores, posiblemente, nunca conseguirán obra transcendente. Pues bien, entre las novelas de gente conocida, y al lado de rediciones de Emilia Pardo Bazán o «Clarín», figuran Miguel Delibes Elena Quiroga y Carmen Laforet.

Esta colección, sin duda, y la fácil inserción de las novelas cortas en algunas revistas como «El Español» o «El hogar y la moda», ha movido a los escritores a cultivar el género, género difícil y primigenio, con modelos de Cervantes a Pedro A. de Alarcón, sin contar los extranjeros, particularmente los italianos. Así se explica que, casi al mismo tiempo, nos hayan llegado «La partida» de Miguel Delibes y «La llamada» de Carmen Laforet. «La partida» es el título de la primera novelita del libro de Miguel Delibes. Con ella lo integran «El refugio», «Una peseta para el tranvía», «El campeonato», «El traslado», «El primer pitillo», «La contradicción», «En una noche así» y «La conferencia» (1). También "La llamada", es el título de la novelita que abre el libro de Carmen Laforet, con la que se incluyen «El último verano», «Un noviazgo» y «El piano» (2).

Delibes se muestra más seguro cada día, más hecho, más elegante escritor. Nos resulta difícil elegir entre estas novelitas, algunas tan breves que, sin esa pericia de Delibes en el novelar, hubieran dado en el cuadro de costumbres. «La partida» y «El refugio» son las más extensas. En ellas y «En una noche así», hay, más que anécdota, caracteres perfectamente delineados. Algunos están logrados con cuatro rasgos. En «El manguero» y «En el primer pitillo», en cambio, el novelista se concentra en un personaje y va mostrándonos hasta los más íntimos recovecos de su alma, resentida como la de Tomás el manguero, que se recrea mojando los bancos soleados donde vienen a sentarse las parejas de novios, derribando con el chorro de su manga un infeliz ahejorro o un indefenso pimpollo, o un alma infantil, ingenua como la de Gerardo, que se prepara a gustar de su primer pitillo, luego de larga prohibición, con el deleite que el glotón se dispone a gozar de suculento manjar o el avaro a recontar sus relucientes monedas. La prosa de Delibes sirve con esmero y precisión a cada caso. Por los entresijos de su quehacer realista, deja fluir su ironía, esa ironianía que hace encantadoras sus novelas y que, burla burlando, nos va regalando certeros conceptos. «En el mundo —hace decir a su conferenciante— hay tres clases sociales: La alta, que tiene para comer y para vicios; la media, que tiene para comer y no tiene para vicios, y la baja, que tiene para vicios y no tiene para comer.»

Carmen Laforet es la extraordinaria novelista de siempre. Miguel Delibes es escritor. De profesión Miguel Delibes es profesor y periodista. El novelar es un arte que Dios le dió por añadidura. Carmen Laforet es, ante todo y sobre todo, novelista. Confesamos sinceramente que sus artículos no nos gustan. Sólo se aguantan aquellos artículos que vienen a ser como cuadros de costumbres o apuntes de novelas, con personajes que se mueven y dialogan. En cambio, como novelista, posee dotes sorprendentes. Acierta siempre con los tipos y la anécdota. De ella podría decirse, como se dijo de Alarcón, que es novelista nato. Estas novelitas de ahora vuelven a acreditarlo. «La llegada», está en la línea de «Nada», su primer novela. Mercedes no desentonaría en el famoso pisito barcelonés. Y junto a ella, doña Eloísa, la viejecita llena de ternura y espíritu cristiano. «El último verano» la sigue en orden y en importancia. Parece la novela de un moderno Galdós. Clase media, de garbanzo difícil, haciendo un sacrificio grande para satisfacer a la madre —emplazada por los médicos— el capricho de toda su vida, un veraneo en San Sebastián en hotel de lujo. «Un noviazgo» la habíamos ya leído en "La novela del sábado". Extraña en estos tiempos una Alicia con su viejo concepto del honor. En cambio, "El piano", nos ofrece un tema de actualidad, que uno puede encontrarse a la vuelta de una esquina sobre todo si se mueve entre artistas y escritores.

En fin, una nota sobresaliente más en el notable expediente de estos dos novelistas. El libro de Delibes ha sido publicado en la colección «La torre de marfil», donde han ido apareciendo obras de Aldous Huxley, D. H. Laurence, Stefan Zweig, Papini, Churchill, Bertrand Rusell, etcétera; el libro de Carmen Laforet es editado por Destino, en esa colección "Ancora y delfín" que ella contribuyó a consagrar con «Nada» y «La isla y sus demonios». Tanto el de Delibes, como el de Carmen Laforet responden, pues, al renombre de sus autores. Nosotros los recomendamos especialmente para los días de asueto. Después de cada relato, de cada breve novela, podemos alzar la vista y posarla en el mar. O en esas montañas próximas donde, en este nublado verano, se recuesta la niebla, la bretema, perezosamente.

(1) Miguel Delibes, «La partida». Ed. Caralt, Barcelona, 1954.

(2) Carmen Laforet, «La llamada». Ed. Destino, S. L., Barcelona. 1954.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

3

h. 6.

MD

Miguel Delibes
"El Norte de Castilla"

Críticas de
"La Partida"

Valladolid

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

L. Montero.- Playa, 2.- Jada (Coruña)

INSTITUTO NACIONAL MASCULINO
DE ENSEÑANZA MEDIA

LUGO

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

De la imparcialidad narrativa a propósito de Miguel Delibes

"La partida", último libro de Miguel Delibes que acaba de aparecer editado por Luis de Caralt, se compone de diez narraciones cortas, la más larga de las cuales —unas cincuenta páginas— es la que da título al libro.

La carrera literaria de Delibes se ha hecho sin secretos, "coram populo". Desde que le fué concedido el Premio Nadal 1947 hasta la fecha ha publicado además de "La sombra del ciprés es alargada", "Aún es de día", "El camino" —su definitiva consagración como novelista— y recientemente "Mi idolatrado hijo Sisí".

Las conquistas técnicas de Delibes han sido varias. Una de las más importantes ha sido la de la objetividad. Delibes ha logrado ese difícil arte de escribrir con imparcialidad, que da a las novelas el carácter de universalidad, de amplitud y profundidad, de validez en cualquier tiempo y lugar que es norma del documento. Delibes, en su última novela, dentro de un estilo narrativo sin florituras ni novedades, cuenta la anécdota con la objetividad que lo haría alguien ajeno emocionalmente a los sucesos de la historia y que la narrase simplemente como un caso del que se puede —si se quiere— extraer un ejemplo más del absurdo comportamiento humano.

Esa imparcialidad, todavía no conseguida del todo en "El camino", les da a las obras de Delibes una amplitud que es posible que ni él mismo sospeche. Digo esto porque he oído decirle a Miguel Delibes que con "Mi idolatrado hijo Sisi" se había propuesto escribir una novela de tesis anti-malthusiana. Evidentemente logra lo que buscaba. Pero de haber empleado simplemente un método narrativo imparcial a no haberlo hecho, esto es, de haber puesto ideología en boca de los personajes o en sus propios párrafos resulta que "Mi idolatrado hijo Sisí" es, además de una novela anti-malthusiana, otras muchas cosas más generales y notablemente más importantes. Si esta novela hubiera sido una novela de tesis todo en ella hubiera convergido a demostrar que la voluntaria limitación de la especie en los más exagerados términos es algo inmoral, egoista, antisocial, etc. En cierto modo, la anécdota no hubiera podido liberarse del peso de la preocupación ideológica. Y sin embargo no es así.

Guiado por una profunda intuición novelística Delibes inculcó a sus personajes toda la complejidad humana, toda su mezquindad, toda su vaga inautenticidad e insatisfacción. Evidentemente, late en el fondo de la novela el problema del malthusianismo, pero éste no es más que uno de tantos problemas humanos que afloran en "Mi idolatrado hijo Sisí". Hay, pues, en la novela mucho más. Es la misma condición humana la que emerge de las páginas del libro. Es el conservadurismo de una clase social, el miedo, la inestabilidad emotiva y moral, la miseria espiritual, la incapacidad imaginativa, la falta de sensibilidad, de delicadeza, de educación. Al lado de esto el malthusianismo del protagonista —consecuencia y no causa— es casi lo de menos. Da lo mismo que este hecho y no otro provoque el desastre de tres vidas, la de Cecilio Rubes, la de su mujer y la de su hijo Sisí. Igualmente hubiera podido ser otra motivación concreta la que disparase el resorte anecdótico que plasmara la tragedia.

..Esa objetividad de Miguel Delibes, teñida de un humorismo socarrón, muy alejado de la tristeza que rezumaba su última novela, puede apreciarse en los relatos cortos comprendidos en el volumen que ha dado lugar a estas líneas. Especiamente, el relato que encabeza el volumen, "La partida", es un ejemplo brillante de esa imparcialidad que seguramente ha encontrado en los escritores norteamericanos sus mejores realizadores.

"La partida" es un peldaño importante en la ya considerable carrera ascendente de Miguel Delibes. Y que permite esperar sus próximos libros con renovado interés.

JOSE MARIA CASTELLET

REVISTA
nº 122
12 al 18 4/1959

Jaime I. Biedma
Castellet; Aragón 31

n «Macbeth»

A DISPAR
ALIDAD

VER

iento que salta de las
l intérprete. La gran
id de Vilar no puede
ácilmente con las púas
nosas de la tortura. Su
el puede ser el del ma-
Augusto, generoso y
de «Cinna», no el de
Macbet» entendido en
sión vertical, agobia-
cambio, si María Casa-
do un día convencer a
o la túnica de la don-
Orleans, puede hoy
al mundo con su por-
ady Macbeth, que con
inscribirá en la anto-
las creaciones del siglo.
ndudable «hijastra» de
personajes» de Piran-
u colaboración decisiva
enemigo» de Julien
Casarés, como ahí la
n„ con Lady Macbeth
el umbral de su pro-
madurez, como mu-
mo trágica espléndida
o en estas líneas evo-
sorpresa al descubrir
lera firmeza del estilo
de esta actriz—. Dicen
a Casares llora en to-
lo que haga. Lo admi-
que este tributo de la
dad no turbe cada par-
cación suya. Para Lady
su voz, mantiene ese
no inteligente, del que
amento extrae a tiem-
broncos acentos, mú-
a de coral para el gri-
a esgrima de daga. Lo
nderable de este per-
el gesto, de un empa-
obrio y fiero al mismo
ue a la fuerza ha de
mundo que le rodea.
stro proseguido de lá-
brillantando sus meji-
ada altera el dominio
de su expresión, bella
el obligado desgarra-
e su locura, con una
ción de medios tan pa-
no electrizante.

S.

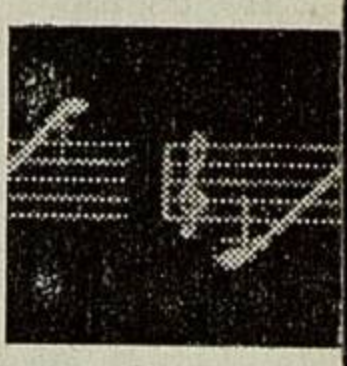
EXIS
IONES!
Forst
ones
Jaray
rcó una época
Chopin
RY
en español)

Y

La pri

YMA Sumac
naria cant
ha recorrido úl
principales ca
peas. El pueblo
ce muy poco a
hija del sol, cu
brecogedora. F
graves tiene el
bronces, mient
agudos tiene l
A un tiempo
mezzo-soprano,
see un registro
a las cinco oct
exactamente c
y cinco notas.
Anderson y Lil
que ya queda p
mostrado su
significación en
canto. Pasa de
das y de las
agudas de su c
pa» a las vibra
ta Inty», himno
indios Quechúa
cilidad y una
cortan la respir
nes por primer
chan.

Yma Sumac,
peruana, es ho
fenómeno más
rio de la canció
ros sorprendido
familiares, y su
mediata, cuand
cantar por prim
llevarla al «dru
al hechicero de
que Yma es u
Inca, descendie
orgulloso pobla
ros que sometie
ñoles: hace ve
nació en un po
norado por los
ro que para lo
pervivientes de
ca tiene casi fi
tal de su pue
blado de Ichoca
bitantes, está s
altitud de 5.000
ladera del mon
yta, uno de lo
altos de los A
costumbre y tr
dar todas las
aparición del s
cos jubilosos, y
fúnebres su
Yma Sumac d
parte de madre,
Atahualpa del



El

rador Atahualp
al presentarla a
plicóle quitara
ta el jaguar y e
habitaban en
hechicero la co
del sol y le enca
ra el ancestral
tar al sol, jubil
las mañanas,
mente por las
La fama y
Yma Sumac, p
saron los mode
del poblado inca
mó la atención
peruano, la ni
iba a ser la má
te del mundo.
junio de 1941,
de Amanceas, i
teatro natural
proximidades
donde los inca
fiesta en honor
su Patrón, Yma
pel importantís
cionario del
asistió a la cere
prendado de su
nicó su descubri
nisterio de Ins
blica. Pronto fu
un emisario de
Ichocan a fin d
familia Atahua
dara a la capi
difícil convence
ña Emilia, la n

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

AL MARGEN DE LOS LIBROS

MD

«MADRID»
30-8-54

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

DELIBES, Miguel: «La partida». Barcelona. Luis de Caralt, editor, 1954. 164 págs. 20 × 13 1/2 cms. Tel. azul. 30 ptas.

Contra su voluntad, contra su conveniencia, el gran novelista se integra en sus narraciones largas y se desintegra en sus relatos breves. En una extensa novela indefectiblemente se hallan todos los valores de creación y de expresión del autor, y es fácil señalarlos y hasta motivar acerca de ellos amplias y ceñidas presunciones. Pero ¿es posible, igualmente, acreditar en qué cantidad entran en el todo cada uno de tales valores? Me parece que no. En la plena armonía que ha de presentar la gran novela quedan ignoradas las particulares dosis de cada componente. O cada valor entrega mayor o menor número de quilates en esta o en la otra gran novela.

Y me ciño ahora al caso concreto de un gran novelista: Miguel Delibes. Leyendo sus obras de mayor aliento—«La sombra del ciprés es alargada», «Aún es de día», «El camino», «Mi idolatrado hijo Sisi»—resulta sumamente sencillo para el crítico señalar cada una de las calidades creativas y expresivas que las integran: la exacerbada psicología para entender y «dar cuerda» vital a los personajes; el humor crudo y destemplado a veces; la piadosísima ternura que sirve de contrapunto—pero sin melodía casi—a los motivos más angustiosos del tema propuesto; la impía poda de lo imaginativo para que mejor destaque y se vea la realidad, en la que se barajan las emociones en su primero e irreprimible salto; el regusto por las paradojas y las observaciones logradas en las últimas consecuencias posibles; la supeditación de un lenguaje peculiar—con zumo de líber y nunca con zumo de fruto serondo—a lo perentorio de una acción que busca nada más que conmover, desgarrar... y dejar una huella única en el lector: la suya.

Pero si todas estas admirables calidades pueden ser señaladas en las novelas extensas de Miguel Delibes, no así las «proporciones» con que cada una de ellas contribuye a la total armonía. Por lo cual resulta sumamente interesante la lectura de los relatos cortos de este gran narrador, ya que en ellos... ¡vaya si se determinan los quilates de cada uno de los valores enunciados que se suman en el escritor! Quilates que el escritor «proporcionará», a su albedrío, en la gran mezcla, sin que le sea posible la misma ponderación en los relatos breves a causa de tal brevedad, que es como el «contrasentido» de las muchas partes ensambladas.

Miguel Delibes acaba de publicar «La partida», colección de cuentos, muchos de los cuales ya conocía el comentarista por haberlos leído en distintas revistas españolas. Casi todos estos cuentos de Miguel Delibes han nacido de la «invención»: pero no de esa invención sinónimo de creación, sino de esa otra invención enraizada en la sensibilidad y en las propias divagaciones en torno a una manera singular de entender la vida y de revolverse en ella.

Probando mi anterior tesis, Miguel Delibes «se desintegra» en sus relatos breves; es decir, presenta muy a las claras los quilates de cada uno de sus valores literarios. Y ya resulta fácil, por ejemplo, afirmar que la ternura exquisita y pudorosa que une a Delibes con sus criaturas es muy superior al humor con que las hostiga; que su concepto de la angustia humana le es más irresistible que su concepto del humano optimismo; que su lenguaje fuerte, duro y paradójico le vence mejor que su balbuciente acento lírico.

Los tres relatos—una novela breve y dos cuentos—que forman «La partida» están sostenidos, respectivamente, por los distintos signos de cada uno de los valores literarios del autor. El humor predomina en los complejos de «Tomás el manguero» y en las perplejidades de «Blas», el héroe mediocre de «El traslado». La ternura conmueve la curiosidad y el recuerdo de «Miguel Páez», el protagonista de «La partida». La angustia, deformando la voluntad, está presente en «Una peseta para el tranvía», angustia más irritante, pues, que se nos distraza en apariencia de fatalismo cotidiano. Esta misma angustia, salpimentada por un desgarrado humor, bazuquea durante la Nochebuena las acciones y las reacciones de los tres interlocutores: un ex presidiario, Nicolás; el mendigo acordeonista y el tabernero. Leídos los extraordinarios cuentos, ya sabemos «hasta dónde puede llegar cada uno de los valores literarios de Miguel Delibes. Y hay que reconocer que hasta muy lejos, sin que ni momentáneamente desfallezcan o se desvaloricen. Y ya nadie extrañará que de su ponderada mezcla nazcan unas extensas novelas excepcionales, de las más atractivas y significativas de la actual novelística española, de las más enjundiosas y «ejemplares» (Y me refiero a la ejemplaridad, en cualesquiera de los sentidos que puedan buscársele y encontrársele a tal vocablo.)

Con «La partida» prueba Miguel Delibes cómo puede lograrse un gran cuento «apenas con nada», si ese «apenas nada» está condimentado por un maestro en tales guisos. ¿Cuál creen ustedes que es el tema apasionante de «La partida», la novela breve del volumen? Miguel Páez, mozo natural de Valladolid, y que ha cursado estudios náuticos, embarca en Santander en el «Cantabria», viejo buque de carga, para empezar las prácticas de su profesión. Y mientras vive la «realidad» de las primeras horas de navegación entre sus nuevos compañeros—el capitán, el maquinista y el contramaestre—sigue «viviendo», paralelamente, el recuerdo de su existencia moza en su ciudad natal, con su dulce novia y con su amable padrastro. Y es tal la viveza de este «recuerdo» que llega a tener más realidad que su vida a bordo, llegando ésta a tomar vaguedad de sueño o de anhelo. ¿Cabe más «casi nada» para medular una narración que nos coge y nos sobrecoge? Pues bien, «La partida» es una pequeña obra maestra.

Los sucesivos cuentos aún se afirman en anécdotas mucho más leves. Tomás, el manguero, mientras riega un jardincillo, va comprobando que su impotencia en lo social puede tomarse múltiples pequeñas venganzas: contribuyendo a que se malogre un bello arbusto con exceso de agua; llevando de una oreja a la prevención a cualquier chiquillo que se desahogue contra un tronco, empapando el banco que ha de buscar una amorosa pareja para su coloquio; poniendo escondido el cepo que atrape al sabroso pajarillo, precisamente debajo del cartel—por el colocado—donde se aconseja: «Respetad los pájaros y las flores»...

«La partida» es una de las más importantes colecciones de cuentos publicadas en España durante los últimos quince años. Miguel Delibes confirma en ella su enorme valía de narrador.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

«La partida», de Miguel Delibes

He aquí otra vez a Miguel Delibes. Parece que fué ayer cuando nos sorprendió con su primer mensaje literario, distinguido con el premio Nadal 1947. En realidad no han pasado tantos años. Estamos en 1954. Verano. Vacaciones. Entre los libros que hemos escogido para estos días incluímos "La partida" (último título que Delibes ha dado a la imprenta y, si no me equivoco, son siete las novelas publicadas hasta el momento). Magnífico alarde de vocación y laboriosidad el de este escritor, que en plena juventud cuenta con una obra verdaderamente importante en la novelística española.

"La partida" encabeza una serie de relatos cortos bien escritos y mejor pensados, donde las dotes de observador del autor de "El camino", de observador agudo y penetrante, se reafirman, esta vez en una nueva modalidad difícil, ya que esta forma de novelar, en breves trazos, corre el riesgo de "no llegar" o de "pasarse". Mas en Delibes la fórmula de la exactitud se cumple plenamente. Nada sobra y nada falta en estos relatos, iluminados por el soplo de una emoción contenida que emerge de todas sus páginas y es, como la vida, semillero de maravillosas sugerencias. Yo encuentro esto en la mayoría de la producción de este novelista humano, tierno, a pesar de algunas crudezas, que sacrifica la brillantez a la verdad para enfrentarse con ésta "como la encuentra en su camino". (A todo escritor se le ofrece la posibilidad de descubrirse a sí mismo.) De aquí, quizá, el carácter sombrío de que con frecuencia se le acusa. Mas esto forma parte de su personalidad y no sería yo quien le aconsejase renunciar a ella, entre otras razones porque lo difícil y aun lo raro, en el escritor y en el hombre, es tener personalidad. Yo no hubiera necesitado, al leer estas narraciones, conocer de antemano el nombre de su autor. Delibes posee ya un estilo inconfundible, cuya más acusada cualidad apunta a la eficacia. El paisaje de sus novelas hay que contemplarlo a contraluz: entonces descubrimos que, sobre la niebla, apunta una alborada.

Así, en estos relatos breves encontramos rasgos de ternura y de poesía —también de humor— verdaderamente conmovedores. Para mí, "En una noche así", acabada semblanza de la Nochebuena de tres menesterosos, Delibes ha llegado a lo perfecto dentro del plan que se propuso. Igual ocurre en "Contradicción", donde la intuición del novelista penetra el complejo sentido de las contradicciones humanas.

"El refugio", "El traslado", "La conferencia", ofrecen aspectos muy interesantes y dan lugar a graciosas situaciones, como la discusión dentro del refugio, y la forma de reaccionar del conferenciante al descubrir a la joven intelectual, de intencionada ironía. La "aventura" de Miguel Páez, en el "Cantabria", justifica perfectamente el título.

Es, pues, "La partida" un libro ameno, sin dejar de ser profundo, en el que Miguel Delibes logra un nuevo éxito sobre el lector por el camino más difícil.

FRANCISCO ALVARO

MD FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

7

MD

Crítica y glosa

"LA PARTIDA"

por Miguel Delibes

Luis de Caralt, editor. Barcelona, 162 págs.

PARALELAMENTE, la novela y el cuento prosperan mucho en la literatura española de nuestros días. No nos extraña ese paralelismo, porque, siendo patentes las diferencias—y no sólo en extensión—que median entre ambas especies narrativas, es no menos cierto que se relacionan íntimamente e incluso se confunden a veces, ya que la novela y el cuento responden a comunes prescripciones de un arte muy difícil: el de contar. Pero no cabe desconocer que el cuento, en ocasiones, lejos de alcanzar, por sus medios peculiares, vida propia, queda en fragmento o apunte de una posible novela.

Nos mueve a tan elemental consideración la lectura de un nuevo libro, "La partida", en que Miguel Delibes, su autor, ha reunido una docena de cuentos bajo el título del primero; cuentos que, en gran parte, no lo son del todo, por darnos la impresión de piezas llamadas a componer el mecanismo complicado, sin duda, de una novela. Tal es el caso, precisamente, de "La partida", excelente capítulo de la novela del mar y sus gentes—con toques poéticos a lo Tristán Corbière—que Miguel Delibes pudiera escribir, dando por descontado el acierto de quien en tantas narraciones extensas ha hecho victorioso alarde de composición. Pensamos a este respecto en "El camino" y aun en "La sombra del ciprés es alargada", buen arranque de carrera literaria. La novela que, a nuestro juicio, promete "La partida", sería mejor aún, en vista del ambiente captado por el autor; de los tipos que pueblan el "Cantabria"; del marino novel, protagonista del asunto iniciado; de los varios matices de la vida a bordo, como el de la nostalgia del "cine" y sus "estrellas", fundido con el ansia de mujer. Subrayamos el momento en que Miguel Páez no tiene otra sensación del mar que "el desasosegado y creciente movimiento de vaivén y la oscilación de la lámpara en el techo de la camareta". Falta el mar en este cuento de marinos. En este cuento que, para serlo por completo, necesitaría no dejar cabos sueltos. Y no es que nosotros extrememos el concepto de la técnica correspondiente a cada forma literaria. Mucho menos cuando, no ya en novela, de suyo flúida y caprichosa, sino en el teatro, donde son más visibles los defectos de construcción que en otro género cualquiera, nadie aplica ni exige el encadenamiento de "exposición, nudo y desenlace".

Miguel Delibes

Algo análogo cabría decir de otro cuento de los agrupados en el volumen: "El refugio". También en esta breve narración se respira una atmósfera de extraordinaria realidad, física y artística. Con la original localización en un almacén de Pompas Fúnebres. Miguel Delibes perfila los tipos que eventualmente coinciden en un refugio contra los bombardeos, con rasgos rápidos y expresivos, propios de un novelista que inicia su relato en la encrucijada de temas que los refugiados aportan. La novela no acude a ese conjuro, y el cuento no se redondea. Y conste que no decimos esto en demérito de "La partida" ni de "El refugio". Tal y como se nos muestran estos cuadros, escenas o episodios interesan al lector, por su animación y vida. Pero nos hemos creído en el caso de señalar esa desviación del cuento que se basta a sí propio, porque ha llegado a ser característica de una nueva técnica por la cual muchos cuentos de hoy no suelen cerrarse en sí mismos, como los cuentos de la condesa de Pardo Bazán y de Leopoldo Alas, maestros del género, sino que dejan su materia a medio trabajar, sugiriendo cuanto se quiera (y no deja de ser admirable cualidad, sin duda), pero quedando también los cabos sueltos de lo incompleto.

Típicos cuentos, de calidad, según el criterio que establecemos, son, "verbigratia", "La conferencia", de punzante ironía; "En una noche así"—la de Navidad—, con no poco de poema en prosa y mucho de sutil costumbrismo; "Una peseta para el tranvía"... "El traslado" es un cuento matizado de fina sátira, con esa tendencia al trazo caricaturesco que en tanto grado contribuye a definir los personajes de Miguel Delibes. "La contradicción" nos parece uno de los mejores cuentos de la serie: de arte muy directo y certero, lanzado al efecto final. En cambio, "El manguero", éste no es más que un tipo aislado, graciosamente visto, y "El campeonato", un apunte demasiado rápido.

Pese a la natural desigualdad de los cuentos, la línea de la expresión literaria se mantiene a la misma altura. Trátase de un estilo muy ceñido, flexible, buen conductor del flúido emocional que anima cada cuento o episodio novelesco. No faltan detalles de mal gusto, so pretexto, a lo que parece, de observación realista.

M. FERNANDEZ ALMAGRO
de la Real Academia Española

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

LIBROS

EL TOMO DE CUENTOS QUE TOMA EL TITULO DEL PRIMERO DE ELLOS, «La partida», ayuda mucho a comprender la personalidad literaria que Miguel Delibes ha sabido ceñir en torno a su nombre, descubierto para el público a través de la concesión del Premio Nadal. Después de esta ocasión, varias novelas han venido a jalonar un camino seguro de narrador, del que en ocasiones nos hemos hecho eco, y «Aun es de día», «El camino» y «Mi idolatrado hijo Sisí» han venido a ganar para Miguel Delibes la justa fama de buen novelista, más amplio y rico de expresión, de medios literarios, de perspectivas en cada nueva producción.

Con todo, este tomo de breves narraciones sirve para realizar un recorrido alrededor de la autenticidad literaria del autor. Cuando, como Delibes, se posee ya una obra vasta y definida, interesa completar su conocimiento con estas narraciones intersticiales, con estos esbozos y bocetos en que sin la responsabilidad constructiva que encierra la narración larga, sometida a la gloriosa servidumbre de la novela, dan a conocer espontáneamente reacciones, modos, preferencias. Cuando el novelista, y más un novelista tan afín a la cuerda realista como Delibes, se ha visto obligado al levantamiento de un mundo, de un ambiente total, y con su arte lo ha sometido a unidad, resulta sabroso para el enfoque crítico sorprender la intimidad de sus preferencias y sus atracciones por un tipo, por una situación, por un determinado ambiente.

Todavía en «La partida», la narración más larga de las que componen el tomo, la construcción existe, ya que no se puede hablar en ella de esbozo, sino de una auténtica novela corta (como «Los raíles», más reciente, que le conocemos, excelente novela corta, por cierto). Todavía en ella Delibes atiende a la erección de un ambiente cerrado, completo en bastantes sentidos. Pero a continuación siguen una serie de esbozos sueltos. Pertenecientes a diferentes cronologías, incluso a épocas más agudas e incompletas, menos armónicas del autor, viene a componer un repertorio de preferencias que nos permiten una idea muy concreta de la base literaria de Delibes, del mismo modo que una serie de bocetos nos ayudan decisivamente a conocer la génesis de una composición pictórica posterior.

Por si los libros anteriores no nos hubiesen familiarizado ya (si bien con menos desembarazo de lo que hace la presente colección) con la entidad literaria de Delibes, los cuentos que comienzan con «La parrida» lo harían de modo magistral. Aparece confirmado en ellos uno de los narradores más sólidamente plantados sobre el equilibrio narrativo, bastante difícil de hallar en la etapa de la novela actual, por cierto, cuya visión realista no está determinada por una postura estética, externa, al fin y al cabo, sino por una decisión íntima y un amor profundamente serio hacia el cosmos, que su aguda mirada nos revela. La narración de Delibes es tan segura, tan pieza maestra de su personalidad literaria, sencillamente por ser tan fundamentalmente honesta, tan emanada de su sensibilidad sin ningún artificio intermedio, que pone luego un velo de lejanía y de artificialidad para el lector. Y se ve mejor que en libro alguno en éste de creaciones menores en su aspecto constructivo, pero espontáneas en su desigualdad individual. Lo que no obsta para que su conjunto aparezca trabajado como pocos, demostrativo de una personalidad.

A. VALENCIA

«LA PARTIDA».—Miguel Delibes.—Luis de Caralt, editor.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

"TRIUNFO" - nº 260 - Madrid 27 de Mayo de 1967

LIBROS

MD

MIGUEL Delibes disfruta de un crédito literario muy amplio, por su mesura, su discreción, su dominio del oficio, su sostenido quehacer novelístico y también —por qué no decirlo— por su modestia. No es la primera vez que aquí le hacemos este justo elogio. Uno se atrevería a aventurar que todas las virtudes de escritor que lo caracterizan tienen un sólido fundamento en el hecho de que Delibes es un novelista que viene construyendo su obra en una provincia. No se trata, por supuesto, de formular en su favor un «menosprecio de Corte...», sin motivaciones racionales. Establecemos el juicio sobre el reconocimiento de la existencia de unas circunstancias muy concretas y fácilmente visibles. A la provincia, las modas, lo «modernoso», las audacias más gratuitas, los movimientos a tientas, llegan decantados, después de un proceso depurativo en el que queda eliminado todo aquello que carece de validez permanente. Por otro lado, la perspectiva del novelista-observador permite un mayor alcance, su horizonte es más ancho, y la plataforma que ha elegido, en lo estético, en lo social, etcétera, posee una mayor estabilidad, está sujeta a menos convulsiones. La valoración de todo esto no implica, desde luego, una postura regresiva o conservadora: sí representa el convencimiento de que toda innovación literaria capaz de dar lugar a una onda positiva, necesita para afirmarse, además de resistir la prueba del tiempo, una limpieza de los excesos puramente adjetivos que sólo se consigue a través de una sosegada labor. A nuestro modo de ver, estas condiciones se producen plenamente en la obra de Miguel Delibes. Sabemos que es discutida, precisamente, por esta ponderación que algunos entienden como insuficiencia o cortedad. Pero a la larga, el ritmo lento que parece caracterizar su desarrollo quizá lleve más lejos que las precipitaciones irreflexivas o ambiciosas.

Todas estas consideraciones nacen de la lectura del último libro de Miguel Delibes («La partida», Alianza Editorial). Se trata de una antología de cuentos ya publicados, dispersos por periódicos y revistas. Bajo el título del primero, Delibes agrupa diez narraciones de muy diversas fechas que, por esto mismo, constituyen un estupendo exponente de los distintos momentos que jalonan la carrera literaria del autor, y que a la vez revelan sus múltiples posibilidades en el difícil género del relato corto. Después de «Cinco horas con Mario», este nuevo libro vuelve a colocar el nombre de Delibes en el plano al que debe dirigir la máxima atención todo el que se preocupe por el desarrollo de la literatura en nuestro país.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

"Hoja del Lunes"
Madrid 29-V-67

MD

VIDA LITER

Por Santi

NUEVOS LIBROS

"La partida", de Miguel Delibes. El Libro de Bolsillo. Alianza Editorial. Madrid, 1967.

Algunos de los relatos de Miguel Delibes, recogidos en el nuevo volumen de la colección El Libro de Bolsillo, de Alianza Editorial, los conocíamos con anterioridad por haber sido publicados en diversas revistas; pero es indudable acierto de los editores el haber reunido, juntos, una serie de cuentos dispersos de Miguel Delibes, sin duda uno de nuestros autores que, con más regularidad, publican sus escritos y que sigue en camino ascensional hacia la culminación de una carrera literaria que, iniciada con el premio Nadal, le ha de dar todavía muchos éxitos, que han de consagrarle, si no lo han consagrado ya, como el autor de nuestra época.

La primera de las narraciones que recoge el volumen, "La partida", la más larga de todas ellas, es un estudio lleno de gracia de la incorporación de un oficial de la Marina mercante a un pequeño barco, en el que comienza sus trabajos profesionales. El contraste entre el joven de tierras adentro —que por vez primera embarca—y los viejos lobos de mar queda puesto de manifiesto con maestría, al propio tiempo que los contrastes crean un cuadro animado.

Toda una exposición de cuadros de la actual sociedad española suponen los ocho breves relatos que siguen a "La partida", y en todos ellos el autor hace gala de su conocimiento de las situaciones y de su maravilloso estilo literario, todavía más maravilloso cuanto está más cerca del lenguaje usual de los hombres de hoy. En "Una peseta para el tranvía", por ejemplo, el encuentro entre los dos amigos, y la indecisión de uno para plantear el pequeño tema de la necesidad momentánea de una sola peseta, supone un adentramiento en dos psicologías. "El campeonato" juega entre la trascendentalidad de un personaje y la realidad cotidiana de la afición al fútbol. "En una noche así" hay dulzura y profundidad dramática de situaciones que Miguel Delibes aligera poniéndolas a ras de tierra, de forma que sea más fácil percibir la profundidad de la situaciones, sin envaramientos ni melodramatismos,

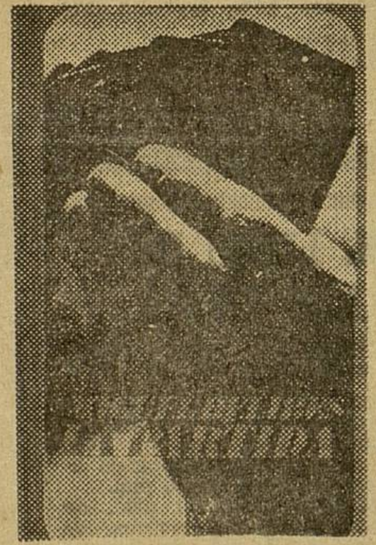
En definitiva, el volumen es una muestra clara de la forma de hacer y decir de Miguel Delibes.

S. G. H.

"Guía del estudiante".—Una obra

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

ESCAPARATE



MD

«LA PARTIDA»

De Miguel Delibes. Colección «El libro de bolsillo», de Alianza Editorial. Madrid, 1967. 175 páginas.

El caso de Miguel Delibes es uno de los más ejemplares y rigurosos de la actual literatura española. Vallisoletano, afincado en su ciudad, donde ejerce la enseñanza y el periodismo, su figura y su obra ilustran de la mejor manera el deber profesional de un escritor. En efecto, desde que en 1947 —si la memoria no falla— obtuvo el premio Nadal con "La sombra del ciprés es alargada", su carrera de novelista ha sido un camino ascendente en exigencia y rigor. Aquella primera novela, de una primera parte inquietante y turbadora, evidenció la presencia de un escritor. Su continuación —"Aún es de día", "El camino", "Mi idolatrado hijo Sisí", "Diario de un cazador", "Diario de un emigrante", "La hoja rosa", "Las ratas", y la reciente "Cinco horas con Mario", aparte de varios libros de viajes y estampas de caza y cuentos— ha testificado varios datos de interés. Primero, una concreción temática, una preocupación ideológica. Si al principio, el Delibes de los libros de caza era el más acreditado, seguido de cerca por la temática infantil, hoy el escritor ha ahondado en una problemática sociológica, tanto campesina como ciudadana —véanse sus dos últimas novelas—, dueño de una moderación progresiva e irresistible. En segundo lugar, el escritor ha ido afinando su lenguaje, pasando de la oscura e inquietante prosa de sus primeras novelas a la diafanidad popular y jugosa de las finales. Esta doble característica se ha reunido en "Las ratas" y "Cinco horas con Mario", que cuentan entre las más poderosas narraciones de la literatura española de nuestros días.

Es curioso constatar que Delibes, a su aparición se presentaba como un novelista menor, "de segunda", tanto por su provincianismo esencial —jamás ha sucumbido a la tentación capitalina— y su modestia como por la humilde intervención de sus dotes expresivas. En aquellos años de renovación, otras figuras más incisivas, más destacadas, poseedoras de una brillantez de la que el novelista vallisoletano prescindía, formaban en la que parecía ser la primera fila del arte narrativo de nuestras nuevas generaciones. Delibes, al correr del tiempo, ha superado a todos ellos en volumen de obra realizada, en exigencia artística y en problematicidad temática.

"La partida" es un libro de relatos que aparece en esa nueva y espléndida colección de los libros de bolsillo de Alianza Editorial. Esta colección —que acaba de obtener el premio Elzevir— se presenta como la más cuidada en su aspecto de edición, a precios módicos, y con una evidente exigencia en la selección de los títulos. Grandes ensayos, los más notables escritores del siglo, reediciones de libros agotados de interés y una muestra de los principales escritores del momento forman esta colección. "La partida" incorpora el nombre de Delibes a la misma. Es un conjunto de relatos publicados anteriormente en revistas, y que el autor presenta en un atractivo volumen. La mayoría de ellos son estampas ciudadanas, exceptuando el primero, que da el título al volumen —es más bien una novela corta— y que transcurre en ambiente marinero. Todos ellos evidencian las cualidades de Delibes, experto narrador, que adecúa la prosa con toda corrección y sin estridencias a la situación que describe. Brillan en este libro sus datos esenciales: un tono correcto y jugoso y la compensación entre emotividad y contención. Con toda sencillez, siguiendo un camino claro y directo, pero constante, Delibes se ha colocado en la primera fila de los novelistas españoles de hoy.

(Informaciones - 3-6-67

MIGUEL DELIBES.

La partida. El Libro de Bolsillo. Alianza Editorial, Madrid, 1967.

DESPUES de **Cinco horas con Mario,** que ha colocado definitivamente a su autor en un primerísimo plano dentro de la novela española actual, la aparición de un volumen de cuentos de Miguel Delibes debe despertar la mayor atención en el público lector.

Comprende este libro la novela corta que le da título y nueve cuentos más. Lo que unifica al volumen es el tono general, que los lectores de Delibes reconocerán con tanto agrado: Sencillez. Humor. Capacidad de observación. Suave, útil bondadosa ironía. Humanidad profunda, en suma, que supone capacidad de comprensión de nuestras debilidades.

Estos cuentos de Delibes son narraciones «abiertas», sin apenas principio ni fin, simples trozos de vida o «momentos de la vida» que se suele deslizar por el suave mar de la medianía.

Sabe alcanzar Delibes la auténtica emoción, contenida, sin sensiblerías, en **La contradicción.** En **Una peseta para el tranvía** ahonda en el asombroso misterio de la timidez, de la vulgaridad, de la extrañeza de lo cotidiano. Un excelente ejercicio literario es **El primer pitillo,** en el que prolonga sabiamente una situación única y sabe hallar toda la aventura y el misterio que se encierra en el episodio más insignificante. No tiene miedo de tratar los temas más trillados (la Navidad) o menos ilustres (la emoción colectiva ante un gran partido de fútbol).

Delibes suele emplear frases cortas y un lenguaje sencillo, popular, que se remansa a veces en repeticiones (todos nos repetimos cuando se trata de los temas que nos obsesionan) o se hincha en ingenua retórica (a todos nos gusta, en alguna ocasión, «hablar bien»).

Para los amantes de la narración tradicional, sin extravagancias, empapada de humanidad, este libro será un verdadero deleite. Todos apraciaremos en él a un excelente novelista, uno de los pocos de auténtica categoría que hoy existen en España. **La partida** es uno de esos libros que, dentro de algunos años, recordaremos todavía con simpatía profunda.

A. A.

INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

El Director del Instituto Nacional del Libro Español se complace en adjuntarle el presente recorte de prensa que le concierne.

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

DOS NOVELISTAS EJEMPLARES

Poca salida, en opinión de los editores de hoy, suele tener el cuento, la novela corta española. Pese a que, en tiempos no muy remotos, dos o tres publicaciones periódicas, y muy populares, abonaran la bondad del género, su viabilidad comercial. Y que, de más de un año a esta parte, determinada colección madrileña venga dando un mentís a los propugnadores del libro largo, a los defensores del libro caro. Lo que sucede es que de donde no hay es difícil sacar; que al nivel de una novelística corresponde el de la narración corta y el cuento. Y que si aquella tan injustamente olvidada generación novelística del primer cuarto de siglo alcanzó un nivel envidiable, debióse, cabalmente, a que tuvo proporción para templarse en el campo de la novela corta. A que acuciantes compromisos editoriales —los inherentes a toda publicación periódica—, pagaderos en moneda menuda, si les obligaba al diario ejercicio les valía también tiempo bastante para las pruebas de mayor empeño.

Es ello, que el cuento o la narración corta no son simples páginas de novela arrancadas con más o menos tino. Ni tanto menos, un boceto de novela. La novela corta es eso y algo más; lejos de constituir un peldaño para la novela, es justamente lo contrario. De novelistas, hechos y derechos es intentar la empresa del cuento, que no de aprendices. Y si el novelista interesa al público en su obra mayor, no se comprende por qué habría de ser de otro modo cuando nos da, en síntesis, en cifra, su completa medida. Como si Verdaguer sólo fuera grande en «L'Atlántida» y nada valiera en sus cantos místicos. Como si estos idilios y pequeños cantos no fueran lo más difundido —lo más comercial— del sacerdote-poeta.

Una demostración más del aserto, si ello fuera menester, la deparan hoy los dos valores más firmes de la nueva narrativa española: Carmen Laforet y Miguel Delibes. «La llamada», de nuestra paisana, y «La partida», del vallisoletano, son justamente dos volúmenes de narraciones breves: cuatro largas novelas cortas, el de la Laforet, que en los últimos tiempos ha dado al género productos tan redondos como «La muerta», y una larga narración y una decena de rápidos cuentos el de Miguel Delibes. Pues bien, uno y otra no hubieran alcanzado la difícil facilidad de las presentes páginas, de no cimentarse antes en «Nada» y en «El camino», en cualquiera de las novelas grandes que han permitido a sus autores formar el terceto de avanzada de la novelística de la posguerra. Una y otro, asimismo, tienen sobradamente asegurados los lectores para esta nueva salida.

Y aquí viene la novedad. Ni en «Mi idolatrado hijo Sisí», ni en ninguna de las restantes y buenas novelas de Miguel Delibes y Carmen Laforet, llegaron sus autores a la vigorosa rapidez de las descripciones, a la inmediata y honda creación y comunicación de situaciones y problemas de que hacen gala en los libros que comentamos, acaso en obsequio a la forzosa brevedad del género. Con lo cual sus personajes, tan certeramente calados, nos resultan más transidos de humanidad, menos entes de ficción. Y por todos esos cuadros flota ese deje irónico, de humor de buena ley, que es prenda de comprensión, de ese entender a la gente y sus casos que sólo nos deparan la edad y la experiencia.

Personajes como los de la brillante narración «Un noviazgo», que en su brioso ritmo nos muestra una nueva Carmen Laforet; cuadros tan bien compuestos como el del marco familiar de «El último verano», de la misma, o la suave ironía de «La conferencia», del vallisoletano, o la amargura de «El traslado», la moraleja de «El manguero», además de las dos importantes narraciones que dan título a sus libros, contarán entre lo mejor que haya brotado de las plumas de ambos escritores. E indirectamente, constituyen plena demostración de que la novelística de la posguerra ya tiene voz propia y definitiva. Porque para sus valores más destacados ha sonado la hora del difícil género de la novela corta. Y han triunfado en la prueba.

Juan Ramón MASOLIVER

15

«La partida», un libro de relatos de Miguel Delibes

Por Francisco CASANOVA

MD

LA primera novela de Miguel Delibes, "La sombra del ciprés es alargada", llegó al lector avalada por el premio más importante que se distribuye actualmente en España, el Nadal. El título, un tanto esotérico, por un lado, y sobre todo el espaldarazo definitivo del galardón, suscitaron la curiosidad del público. Creo que el éxito de la novela fué grande, al menos de venta. En cuanto a la expectación—puesto que la hubo—creada en torno al libro, se bifurcó en dos trayectorias: para algunos la calidad de la obra no respondía a cuanto se esperaba; otros, los menos, supieron aquilatar las evidentes calidades narrativas que en ella concurrían y, consecuentemente, la categoría como novelista de su autor, que de este modo se daba a conocer. Por esta razón escribí poco tiempo después que Miguel Delibes era el mejor novelista dentro de la generación de escritores españoles—cinco o seis nombres por ahora—hoy vigente, y, desde luego, aquel que seguía la mejor tradición de la novela española en un sentido fiel y constructivo. Los títulos aparecidos posteriormente: "Aún es de día", "El camino" y "Mi idolatrado hijo Sisí", fueron perfilando definitivamente la personalidad literaria de este joven escritor.

Una cosa es dominar el idioma, manejar el idioma como la mano se crispa en la brida para sujetar los ímpetus del caballo, y otra muy diferente poseer la santa intuición, el precioso equilibrio y la potencia creadora capaces de dar a ese pequeño mundo que es la novela una categoría universal en el espacio y en el tiempo. Llegamos sin querer a la fórmula: fondo y forma. Lo importante en un novelista es su potencialidad creadora. La forma será siempre un servidor fiel al caudal incontenible de la creación. Cuanto más rica, variada y concisa sea esta forma, más se acercará la obra a una perfección siempre buscada y deseada; pero en ningún caso el torrente creacional puede quedar supeditado o esclavizado ante la confección del ropaje, carente de esa carnación que la obra trascendente necesita.

Miguel Delibes es un novelista nato que si escribe con un estilo jugoso, fielmente castizo y sugerente, al mismo tiempo da rienda suelta a su inspiración. De este modo el mundo de la novela empieza a girar sobre sí mismo, en su atmósfera, y los personajes viven dentro del ambiente, ajenos a todo, al gran mundo circundante, a su propio creador incluso.

Contenidos en un volumen, muy bien editado por Luis de Caralt, acaban de aparecer varios relatos de este escritor. El cuento y la narración, como la novela, responden a unas condiciones especiales vinculadas al individuo. Maupasant quedará como autor de cuentos insuperables, modelo en el género; sus novelas, en cambio, van difuminándose en el tiempo. La personalidad literaria de Delibes viene a prolongarse ahora en el relato breve. Para el lector este volumen, "La partida", es un descubrimiento. Especialmente porque estas narraciones, sencillamente magistrales, traen una fórmula nueva, profundamente personal, y la personalidad es consustancial en la noble tarea de creación espiritual.

"La partida" agrupa diez relatos, algunos de los cuales —los menos—han ido apareciendo en diferentes revistas. Reunidos en un volumen adquieren aun mayor interés. Insisto en la palabra relato. El cuento es algo diferente; tiene de común con el relato su extensión. El cuento suele tratar un argumento con los tres tiempos: exposición, desarrollo y desenlace; a pesar de que la fórmula se vea en ocasiones sensiblemente adulterada. Los relatos de Miguel Delibes son motivos captados por una aguda sensibilidad para perpetuarlos en un instante, fijándolos ya permanentemente. Una situación, unos caracteres esbozados con trazo firme, como un apunte espontáneo, que a veces tiene mayor interés en su levedad que una obra concienzudamente elaborada.

La fórmula empleada por Miguel Delibes en sus narraciones tiene una mezcla de ternura y humor que contrasta con el realismo de la frase en determinados momentos. El lector se siente embebido por la narración, llevado de la mano en pos del personaje, emplazado ante una situación. He aquí la habilidad del escritor: saber apresar al lector con la fragancia de la prosa y con un motivo cuya importancia radica exclusivamente en la intención y la trascendencia que el autor ha puesto en él. Para encontrar un precedente hemos de pensar en Saroyan. También en el escritor armenio se dan estas circunstancias: un simple motivo banal, aparentemente, transformado en algo conmovedor, emotivo, y sencillo a pesar de todo; con la particularidad de que Delibes madura su prosa con esa potencialidad muy española, apretada por la concisión y oportunidad de la frase.

Esta serie de narraciones, que se leen con el absorbente interés de una novela, se acercan en realidad a este género literario. No hay solución; el origen del motivo o del personaje se pierde en un pasado más o menos remoto; es la imaginación del lector la que ha de construir sobre el sólido cimiento que se le da. En el lector queda una profunda sensación poética, herida su sensibilidad por ese trozo de vida que ha palpitado ante él unos instantes, para acompañarle luego, mucho tiempo, en el recuerdo.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

PANORAMA de ARTE y LETRAS...

ESCAPARATE

«VISIONS DE CATALUNYA». Vol. I., por J. Santamaría. Editorial Sebecta. Barcelona, 1954.

Ni guía turística, ni impresión fotográfica, ni pura divagación lírica acerca de las comarcas catalanas. Las «Visions de Catalunya» de Juan Santamaría, encierran, sin duda, algunas de las páginas que se han escrito sobre el país con mayor personalidad narrativa. El texto que nació de la pluma de Santamaría posee, en alto gredo, una sabrosa gracia, y decimos sabrosa porque, en todo párrafo, incluso la frase más ligera y alada, más sencilla, es útil para la comprensión del tema por parte del lector. Santamaría emplea un lenguaje desenfadado, gráfico, absolutamente entendedor y simpático. Y en cuanto al fondo, al modo de tratar las comarcas catalanas, el autor se muestra independiente, sin constreñirse a modelos o reglas. Sobre el Urgel y el Priorato y la Segarra y tantos puntos del país escribe sus impresiones que fluyen de una manera espontánea, sin preocuparse de la profundidad del análisis, sino de la autenticidad de su visión, aunque sea deliberadamente superficial. Por ello, cada capítulo está formado por una extraña y distinta mezcla de elementos, en los que puede rastrearse el instinto de un poeta, de un ensayista y de un narrador.

Este cordial y sugestivo volumen está prologado por Manuel de Montoliu, quien hace notar acertadamente la gran riqueza de léxico de Santamaría y su dominio de las variedades dialectales.

JEM.

SANT ANTONI MARIA CLARET I MONTSERRAT, por E. Fort y Cogul. Tarragona, 1954.

Fort y Cogul nos ofrece las relaciones del «Padre Claret» y Montserrat, su fervor por las cosas de la Santa Montaña, su amor constante por la «Moreneta», amor que le acompañó toda su vida, incluso en los instantes más dolorosos de su existencia.

Modestamente en el prólogo de la obra, E. Fort y Cogul declara sólo haber pretendido elaborar un trabajo de divulgación, cuando en realidad el erudito historiador ha calado muy hondo en este intenso pasaje de la vida del santo que le vincula a Montserrat y a su gran institución benedictina.

Entre las muchas efemérides claretianas que Fort nos describe con relación a Montserrat, cabe destacar la fundación de la Librería Religiosa, instaurada y puesta en marcha bajo la advocación de la Virgen Morena. Finalmente, el sagaz comentador de este aspecto de la piedad claretiana nos habla de los días en que el santo, aposentado en Madrid, regía la Iglesia y el Real Hospital de Montserrat de la Corona de Aragón y su trato constante con el padre Bernardo Sala, después vinculado a las grandes empresas del Santo.

Elogiemos esta labor callada, de fervor claretiano que E. Fort y Cogul ha llevado a cabo y que ha servido para proyectar más luz en algunos aspectos de la vida del gran sallentino.

«SALAMANCA. ARTE Y ESPIRITU DE LA CIUDAD Y SU PROVINCIA». Prólogo y notas por Rufino Aguirre Ibáñez. Publicaciones de la diputación provincial de Salamanca. MCMLIV.

Soberbiamente editado, el volumen que citamos se ha realizado bajo la dirección de José Gudiol y publicado con ocasión del VII Centenario de la Universidad de Salamanca.

Conducido todo su texto con una palpitación de simpatía y compenetración con la vida, la historia, las piedras y el ambiente de la prócer ciudad, constituye este libro una estupenda biografía de la misma. Rufino Aguirre nos conduce, a través del tiempo por callejas y recovecos, templos y palacios, colegios y aulas. En sucesivas visiones, breves y evocadoras, donde sagaces alusiones y noticias dejadas caer con absoluta normalidad, sin empaque alguno, nos dibujan con impresionante fuerza de sugestión dentro de su concisa narrativa, esquemas de costumbres, usos, aficiones y estímulos de la sociedad salmantina a través de la historia. Clerecía, Universidad, Caballeros e Hijosdalgo, Gremios y Cofradías.

Después, en sucesivas notas explicativas de las ilustraciones, el autor nos pone en contacto con edificios y obras de arte pictórico y escultórico, cuya riqueza es, en Salamanca, enorme. Nos presenta aspectos urbanos y paisajísticos; nos hace salir de la ciudad y nos lleva a Ciudad Rodrigo, a Candelario, a Alba de Tormes, a Béjar, a Ledesma, etc.

Las bellas fotografías que constan en el volumen son una de Amalio Gomban, cuatro de R. González Ubierna, y las restantes, del Instituto Amatller de Arte Hispánico.

LA VIDA DE LOS LIBROS

por R. VAZQUEZ-ZAMORA

Impresionismo psicológico en Delibes

¿POR qué no digo, sencillamente, que Delibes ha escrito unos buenos cuentos? Esta es una vieja historia. Tendría yo que empezar aquí a exponer mis ideas sobre el cuento, la novela corta, la novela grande, el relato sin redondear, el «impresionismo literario», y tantos otros géneros y sub-géneros como existen bajo la lámpara del escritor. Pero es el caso que no tengo ideas claras sobre este asunto ni creo que las tenga nadie. Muchos sostienen que novela es cualquier cosa escrita con la intención de escribir una novela, y cuento, lo que se extiende sobre unos papeles — mientras menos mejor — con el propósito de que sea un cuento. Otros, en cambio, tienen exigentes normas para lo que ha de ser cuento o lo que debe ser novela. Yo quizá sea de estos últimos, pero reconozco que sólo me falta el pequeño detalle de saber a ciencia cierta cuáles son esas normas. Los ingleses, gente de sentido práctico que con frecuencia les falla, dicen del hombre que sabe lo que se trae entre manos: «Cuando ve un árbol, sabe que es un árbol» (o, a lo mejor, lo dicen los norteamericanos, gente de sentido aún más práctico, pero desde luego la frase original está en lengua inglesa). Pues bien, creo que lo único a que podemos aspirar en esta cuestión de distinguir los géneros de «ficción» es a decir, convencidos, cuando leemos una novela o un cuento: «Esto es una novela, esto es un cuento.» El porqué lo sea o deje de serlo, es harina de otro costal.

Todo lo que Miguel Delibes ha reunido en su reciente libro podría ser llamado cuentos, relatos, apuntes literarios o de cualquier otra manera, pero lo seguro es que el nombre no hace aquí a la cosa, y «la cosa» consiste en admirables trozos literarios, páginas que sólo han podido ser escritas por un excelente novelista, cuyos libros «El camino» y «Mi idolatrado hijo Sisí» son dos de las mejores novelas que se han escrito entre nosotros en mucho tiempo, clara y ortodoxamente *novelas*, sin nada de ejercicios ni ensayos narrativos.

Los siete breves capítulos de «La partida» — que da título al libro — me producen una impresión muy concreta: el momento en que Miguel Páez se empieza a serenar después de haberse mareado en su primer viaje de prácticas, es precisamente el momento de empezar la novela de Miguel Páez. Pero ese es, exactamente, el final del relato. Tenemos el ambiente de un barco de carga, el «Cantabria» y unos tipos perfectamente dibujados — con color y todo — el contramaestre, el capitán, el maquinista, y los que, no hallándose en el barco, son evocados por Paéz. El asunto de este relato podría resumirse así: comienzo de una experiencia. Las ilusiones marineras de un muchacho — tal como se las comunica a su novia antes de embarcar — y su contraste con la realidad. Tema adecuado para un cuento y fácilmente realizable en él. Pero Delibes tiene mucho más que decir y, aunque lo diga con ejemplar sobriedad, camina en estas páginas hacia la novela grande, sin un propósito (por lo menos, perceptible por mí) de quedarse en la novela corta. Sin embargo, se queda en las cuarenta y nueve páginas de tipo grande. Todo lo cual no disminuñe en nada el mérito *intrínseco* (aparte de géneros y clasificaciones) de estas impresiones psicológicas con fondo de mar y mar de fondo.

Todos los personajes que encontramos en el resto del libro nos interesan profundamente aunque nos

Miguel Delibes

hayan sido presentados superficialmente, y en ello radica el principal mérito de Miguel Delibes en esta especialidad literaria. Han sido dibujados como esbozos de seres concebidos totalmente, si bien esta concepción no llegue a «cuajar» en el tipo terminado para novela. Y el lector recibe, condensado, el impacto.

Un manguero está regando un jardín. Lo riega con rabia, porque el resentimiento encuentra salidas insospechadas, hasta la del agua que brota de una manga de riego. El manguero encontraría, con todo lo que lleva dentro, su puesto en una novela. Pero se queda en este apunte que deja adivinar todas las líneas que le faltan. Demasiado perfecto, psicológicamente, para un cuento, y no digo «para un simple cuento» porque un cuento es muy complicado.

Un hombre fuma su primer pitillo después de un período de abstención. Nunca he leído una descripción tan viva y contagiosa de ese hondo placer. Mi primera reacción fué apresurarme a encender un cigarrillo. Síntesis de esta diminuta obra maestra: un hombre enciende un pitillo. Inmensidad posible del placer minúsculo. O sea, no hay placer pequeño; todo depende de las circunstancias.

Un pobre hombre entra en una conferencia sobre «La redistribución de la renta»... para calentarse. Otros personajes: el profesor, y la joven intelectual que tiene la desgracia de ostentar unas redondas y ondulantes caderas. El profesor piensa en las caderas y habla de enconomía; el pobre hombre sabe más de economía que el profesor, sabe también apreciar las caderas de la joven, pero todo le importa tres pitos con tal de que la calefacción funcione. La joven piensa en la economía. Todo ello, un frecuente malentendido. La impresión que conservamos de la lectura es muy amarga pero nos parece, por otro lado, haber leído algo muy divertido. Esto es, en resumen un caso de lo que se llama «feroz ironía». Un ambiente, tres seres — cada uno con una conducta aparente y un fondo en contradicción.

«Contradicción» se titula, precisamente, el más condenado y dramático de todos estos relatos. Un muchacho llega a un hospital, víctima de un accidente, y muere. En la agonía, esboza, a medias palabras, sus proyectos y lo que más le duele en el alma. Le escucha la Hermana. Pero aunque Sor Matilde cree que el muchacho *no debía morir*, se muere. Nadie debía morir pero algunos parecen tener algo más concreto que otros que hacer, sobre todo cuando un novelista como Delibes nos presenta en tan pocas e intensas líneas una angustiosa realidad humana.

En una Nochebuena, un acordeonista callejero, al que le falta media cara desde que le cayó encima el aceite de una churrera, el narrador — un desgraciado que no debía haber contado la historia — y un infeliz tabernero, se reúnen y se desahogan lanzando sus cuitas al vacío. Cada uno de ellos habla para sí, patéticamente. Todo es implacable en estas páginas que encajarían estupendamente, sin tocarles, en cualquier buena novela de los bajos fondos.

Para un constante lector de literatura extranjera, resultaría evidente que Delibes cultiva el género de cuentos psicológico-impresionistas que nació con Chéjov y que ha encontrado en Saroyan el más leído de sus actuales representantes, después de Catalina Mansfield y otros. Pero es el caso que si entre nuestros nuevos escritores hay alguno que hasta ahora ha sido totalmente refractario a la literatura extranjera, este es Miguel Delibes. Y, efectivamente, analizando detenidamente sus cuentos, se ve que los elementos que maneja son otros. Sin embargo, no podríamos evitar situarlo dentro de la tendencia al cuento-apunte, al impresionismo psicológico, al tono agridulce del que se escapa antes de hacerlo excesivo. Esto quiere decir que en varios países, desde principios de este siglo, y por temperamentos muy distintos e incluso radicalmente opuestos, se le da al cuento un sesgo que lo separa del relato cerrado, de la historia más o menos marcada, para basarse, en cambio, en el tipo y en lo anecdótico muy significativo. Recientemente, el libro de Vicente Carredano «Los ahogados», que tan buena acogida ha tenido, salía, por otro registro, dentro de la misma tendencia. Es posible, pues, que pronto, académicamente, podamos llamarles cuento a productos literarios muy diversos. Pero ¿qué importa cómo se llame una criatura que es sana y bella? Todo lo que leemos en «La partida» es literariamente sano, significativo e impregnado de una varonil emoción.

Gaudí y el Paseo Marítimo de Barcelona

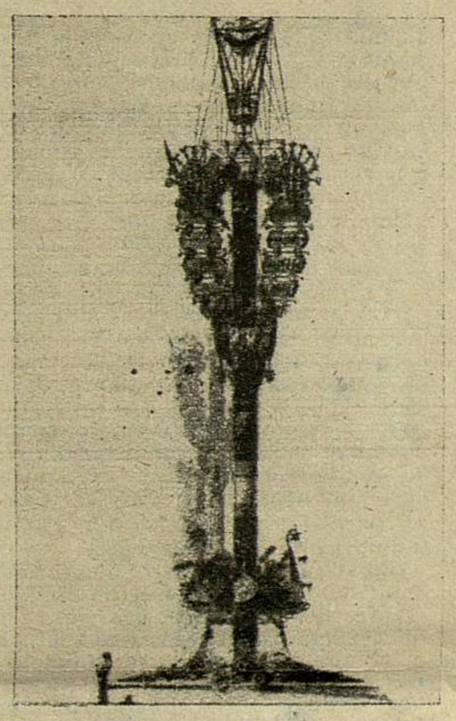
EN las conversaciones más o menos edilicias que se entablan sobre el pasado, presente y futuro de Barcelona, no falta nunca la frase hecha y justificadísima de que nuestra ciudad vive de espaldas al mar, es decir, que acusa la falta de un paseo marítimo. Sobre el Paseo Marítimo que exige una ciudad como Barcelona se ha escrito mucho y se escribirá todavía más, pero parece que hoy no estamos tan lejos de las realizaciones, a deducir del interés de las autoridades municipales en llevar a cabo obras de embellecimiento y modernización de la ciudad, sin menoscabo del apoyo material o moral que recibe de otros organismos.

Hace ya algún tiempo la Prensa barcelonesa habló con cierta extensión de un proyecto, no de Paseo, entendiéndolo como un ancho camino que abarcara los extremos de la ciudad vista desde el mar, sino de «Balcón Portuario», trasladando al muelle Bosch y Alsina el Real Club Náutico y el Club Marítimo, ocupando éstos el edificio que hoy es sede de la Junta de Obras del Puerto, frente al monumento a Colón, y convirtiendo los actuales tinglados que impiden la visión de las aguas y las embarcaciones surtas en él en jardines y espacio libre para los ciudadanos, consiguiendo con ello otra mejora: la ampliación de la Estación Marítima actual, sin descuidar la supresión diurna del ferrocarril y su electrificación.

Tal propuesta no ha caído en saco roto, cuando menos entre el pueblo barcelonés, que la ha recibido con general aprobación. Pero en la ocasión presente, y aprovechando esta circunstancia, nos complacemos en recordar un proyecto acariciado por nuestro gran arquitecto Antonio Gaudí.

Gaudí encontró protección entre los grandes señores del espíritu, pero apenas llevó a cabo obra alguna por cuenta del Municipio. Las realizadas como encargo oficial fueron los faroles, en forma de candelabro, de la Plaza Real, todavía en pie en su lugar de emplazamiento; los del Paseo de la Barceloneta, y su intervención en las obras de la cascada del Parque de la Ciudadela, como ayudante del arquitecto Fontseré. Formuló a través de su fecunda vida atinadas observaciones sobre hechos urbanísticos, como sobre el plano de reforma interior de la ciudad o en la plaza proyectada alrededor del templo de la Sagrada Familia, cuya forma estrellada tenía que permitir la perfecta y proporcionada visualidad de sus fachadas y sus torres. Una de estas manifestaciones, como encargo oficial, aunque frustrada, fué el proyecto de iluminación que nos ocupa.

Han pasado muchos años y la generación actual no tiene apenas noticia de aquella Muralla de Mar, verdadero paseo y balcón al puerto porque reunía las dos condiciones: paseo para el patriarcal andar de las generaciones anteriores al año 40, y balcón, por su altura, dominando todo el puerto de Barcelona, más reducido que hoy. En estas circunstancias, Gaudí lleva a cabo en 1880, junto con el ingeniero José Serramalera, el proyecto de iluminación eléctrica de la zona libre dejada por la Muralla de Mar, ya desaparecida, pues el recinto se empezó a derribar en 1843; terminándose dichos derribos en 1859.



Proyecto de Antonio Gaudí para la iluminación de lo que fué Muralla de Mar, de Barcelona

Estos grandes fanales — llamémosles fanales por su proximidad a las aguas del puerto — debían tener, según el proyecto, una altura de 23 metros y estaban constituídos por una columna central exornada con profusión de elementos en los que se descubre, quizá, al arquitecto sujeto aún a fórmulas de aquellos maestros o escuelas que él admira y ha estudiado detenidamente,

EL QUE S'HA DE SABER DE LA LLENGUA CATALANA

Con este sugestivo título, JOAN COROMINAS ha publicado en la «Biblioteca RAIXA», que dirige el conocido filólogo mallorquín don FRANCISCO DE B. MOLL, un interesante y bien documentado volumen que no dudamos apasionará a todos aquellos que aman la lengua y cultura catalanas.

Como el título indica, «EL QUE S'HA DE SABER DE LA LLENGUA CATALANA» merece estar en todas las bibliotecas y aun las más modestas, ya que su precio de 15 PTAS. está al alcance de todos los lectores.

De venta en librerías. Condiciones de suscripción: CONSEJO DE CIENTO, 281. - Teléfono 21-10-82. BARCELONA

Se ha puesto a la venta el vol. 15 de la Biblioteca Selecta Universal

TRES HOMES DINS UNA BARCA

(sense comptar-hi el gos)

de JEROME K. JEROME

autor de la divertida obra

TRES ANGLESOS S'ESBARGEIXEN

Vol. n.º 9 de la misma colección

Cada vol. en tela, ptas. 35

Distribución: CASA DEL LIBRO

"El Mercurio", Chile II-71

17

Miguel Delibes: "La Partida"

Por HERNAN DEL SOLAR

Escritor que desde hace unos años se halla en plena madurez y cuya producción es más bien abundante, Miguel Delibes no es suficientemente conocido entre los lectores americanos. No obstante, se le tiene en España —su país— merecida estimación como novelista. Este aislamiento recíproco de americanos y españoles en el campo de la literatura perjudica grandemente, sin duda, a los lectores del idioma, que quisieran no ignorar a los autores valiosos, conocerles debidamente en sus mejores obras. Pero la barrera es salvada sólo de cuando en cuando por los escritores de mayor suerte. Para los demás sigue siendo casi invencible. No se necesita gran esfuerzo imaginativo para suponer, sin ningún riesgo de error, dónde están los culpables. Bien. Dejemos a los editores en lo suyo, sin meternos en su reino, y reconozcamos que unos pocos empiezan a darse cuenta de que no es mal negocio publicar allá a los de aquí, y aquí a los de allá, porque españoles e hispanoamericanos tienen la misma lengua, mutuamente se la enriquecen, y los lectores no faltan ni en América ni en España, si la actividad editora va bien orientada.

La Alianza Editorial de Madrid, en su colección "El Libro de Bolsillo", busca y encuentra circulación. Sus libros andan por América sin tropiezo. Gracias a su labor están abriéndose camino muchos escritores que merecen amplia acogida. No sólo publican a buenos autores españoles de ayer y de hoy, sino a novelistas y cuentistas americanos de calidad. Bástenos mencionar dos antologías recientes, la que reúne a los actuales cuentistas mexicanos (obra que comentamos hace poco tiempo) y la que se ocupa de los cuentistas argentinos de los últimos 70 años (libro que próximamente reseñaremos). Esta actitud editorial se gana fácilmente la voluntad cordial de todo comentarista literario que desea ver cómo va cayendo la barrera a que en un comienzo nos referíamos.

Ahora estamos ante un libro del español Miguel Delibes. Son diez relatos que sobradamente justifican la satisfacción del lector. Delibes es un escritor que domina su oficio, posee imaginación y limpio estilo.

¿A qué aludimos al señalar tal limpieza? La frase puede interpretarse de muy diversos modos. Sin embargo, para nosotros un estilo limpio es el que se desentiende de toda inclinación retórica (dándole a ésta su mal sentido), el que con sobriedad y elegancia natural muestra un mundo novelesco sin que haya palabras, giros, formas que obstruyan la visión.

El estilo de Miguel Delibes es el que corresponde plenamente a los personajes que se mueven de extremo a extremo del libro. Son personajes tomados de la realidad cotidiana en rincones sociales de gran modestia económica, para no decir de evidente pobreza, de tan testaruda escasez que no se exagera si se les llama rincones míseros. Pues bien, la atmósfera que se respira puede ser opresora a ratos. A la miseria económica se añade —como a menudo sucede— una indigencia mental más o menos notoria. En resumidas cuentas, Miguel Delibes va a buscar a su gente por los lugares más abandonados de la alegría, de las posibilidades saludables, de las apetencias lo bastante fuertes como para cambiarle a cualquiera la vida, dándole violentos colores.

El cuentista español ha querido algo muy simple: mirar hacia individuos del montón y sorprenderles en alguna circunstancia vulgar. Es facilísimo encontrar tales gentes y condiciones en la vida real, aquella que a todos nos rodea. Lo que ya no lo es tanto —ciertamente que no— es darles calidad literaria (sin fabricar literatura) a hombres o mujeres insignificantes que viven unos pobres momentos de necesidad, o de ambición, o de sueño aporreado. Si Miguel Delibes se atuviera al realismo como lo hacen ciertos escritores que fotografían lugares y personas, dándoles una precisión mecánica irrebatible, su libro "La partida" sería copia de un mundo sin interés para nadie. Y lo tiene, y grande. La razón: la realidad del mundo de Delibes es más real que el que le sirvió de modelo. Este enriquecimiento de la realidad casi nunca lo consigue el escritor a quien habitualmente se califica de "realista"; lo alcanza Delibes —despreocupado de todo encasillamiento —porque su realidad es creada, imaginada, realidad de narración, más vigorosa y auténtica que la que se forma y deshace en el mundo que todos conocemos y existe a nuestro alrededor.

El delicado humor de Miguel Delibes ilumina, a veces con secreta ternura, las situaciones en que se ven caídos sus personajes. Es escritor que respeta sus padecimientos, sus anhelos, la estrechez de sus vidas. No se burla de la pequeñez humana que aparece en toda su flaqueza, en su miseria absurda. Tampoco la compadece. Simplemente, buen narrador, la señala, la deja ver, pone al lector frente a ella, que la estimará como mejor se le antoje. El escritor no es un incitador de rebeldías ni de lástimas. Sus personajes son tan vivos, tan reales, que ante ellos reacciona cada cual de acuerdo a su sentido de hombres, cosas, destinos. Y porque son auténticos producen una vigorosa impresión.

Uno de los cuentos —"En una noche así"— desenvuelve una amarga historia de soledad. No hay un adjetivo que la subraye, una sola palabra que tenga intención de ahondarla. La soledad está ahí, la viven tres hombres en una noche de Navidad. El lector la observa a través de la historia que se le va contando y gradualmente sube su emoción, le domina, sin que para ello haya sido necesaria la intervención del autor, un asomo de sentimiento agitado por la literatura. El narrador se expresa con extremada sencillez. "Yo no sé qué puede hacer un hombre recién salido de la cárcel en una fría noche de Navidad y con dos duros en el bolsillo. Casi lo mejor si, como en mi caso, se encuentra solo es ponerse a silbar una banal canción infantil y sentarse al relente del parque a observar cómo pasa la gente y los preparativos de la felicidad de la gente. Porque lo peor no es el estar solo, ni el hiriente frío de la Nochebuena, ni el terminar de salir de la cárcel, sino el encontrarse uno a los treinta años con el hombro izquierdo molido por el reuma, el hígado trastornado, la boca sin una pieza y hecho una dolorosa y total porquería". Tan infortunado sujeto se topa con otro que no le supera en absoluto: un pobre diablo que se gana la vida perdiéndola con un acordeón, unas canciones infelices, y una total desventura. Ambos personajes van a dar a una tabernucha. El dueño va a cerrar. Es tarde. Entran el que ha salido de la cárcel y el acordeonista. Les acompaña el tabernero, tan desgraciado como sus huéspedes. Y la Nochebuena se desenvuelve en torno de las tres historias que se entrecruzan. Realidad punzante, como en todo el libro de Delibes.